

Las oportunidades económicas de los Estados Unidos tras los acuerdos globales sobre el medio ambiente

6 de marzo de 1992

Conferencia Smithsonian

Washington DC, Estados Unidos

Siempre es un placer y un honor para mí compartir un estrado con Maurice Strong. Y es absolutamente justo que lo comparta porque gracias a él ustedes tienen la excusa de colocarme en el primer lugar de esta tribuna.

Maurice Strong fue quien, a mediados de los años noventa, me convocó para que fuera su Consejero Principal para el Comercio y la Industria, y quien me encomendó específicamente que presentara un panorama económico mundial sobre el desarrollo sostenible a fin de estimular el interés y la participación de la comunidad empresarial. Maurice es una de esas personas especiales que han logrado ser exitosas en dos áreas completamente diferentes: su actuación ha sido brillante tanto en los negocios como en la política internacional. Pero creo que fue su costado empresarial el que le sugirió que un industrial —suizo y prudente, como yo— aceptaría tomar tanto riesgo como el desafío exigiera.

Eso fue lo que hice; invité a los líderes empresariales de diversos lugares del mundo a formar parte del Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible. Casi todos los convocados estuvieron dispuestos a incorporarse al proyecto; finalmente, reunimos a 48 miembros. Creo que el valor del esfuerzo realizado por esas personas radica en que es la primera vez que un grupo de líderes empresarios participa activamente en el proceso de preparación de una de las más importantes conferencias pronunciadas ante las Naciones Unidas. Espero que esta colaboración sienta un precedente para el futuro. El desarrollo sostenible no constituye una meta fija; por el contrario, es un proceso de cambio que redefine el rumbo de las inversiones, la explotación de los recursos, la orientación del desarrollo tecnológico y de las transacciones, tornándolos consistentes respecto de las necesidades presentes y futuras. El empresariado debe asumir un rol protagónico en este proceso de cambio o éste, simplemente, no ocurrirá.

Hemos organizado 50 reuniones en más de 20 países y estamos escribiendo un libro llamado *Cambiando el rumbo: una perspectiva global del empresariado para el desarrollo y el medio ambiente*. Este libro se publicará a principios de mayo y también servirá como informe de nuestras apreciaciones respecto de la Cumbre de la Tierra. Los miembros representantes de América Latina están trabajando en un libro complementario sobre temas inherentes a su región; de la misma manera están procediendo los representantes de África. Actualmente existen Consejos Empresariales para el Desarrollo Sostenible en Malasia, Nigeria, Medio Oriente y la Argentina; en la India y Tailandia están llevándose a cabo actividades similares. Por todo esto, siento que hemos cumplido con el deseo de Maurice Strong en el sentido de fomentar el interés y la participación de la comunidad empresarial internacional en el desarrollo sostenible y en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo (UNCED).

Hemos trabajado mucho. Informamos nuestras conclusiones y recomendaciones en encuentros previos mantenidos con el Comité Organizador de la UNCED. De hecho, algunos miembros del Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible harán una exposición ante los presidentes de las delegaciones del Comité Organizador en Nueva York a fines de esta semana. Hemos preparado una serie de reuniones informativas sobre *Cambiando el rumbo* para los líderes políticos y empresariales de todo el mundo, con la esperanza de difundir nuestro mensaje a la UNCED tan ampliamente como resulte posible. Me complace tener la oportunidad de disertar ante ustedes esta noche sobre algunas de nuestras conclusiones.

Nuestro principio básico consiste en que los mercados competitivos abiertos constituyen el único cimiento posible para el desarrollo sostenible. Este tipo de mercados estimula la innovación, minimiza el uso de los recursos —siempre y cuando dichos recursos y los servicios ambientales que utilizamos tengan un precio correcto— y proporciona mayor igualdad de oportunidades que cualquier otro sistema. Además, los sistemas económicos abiertos competitivos se vinculan inexorablemente con sistemas políticos democráticos, abiertos y competitivos. Medio Oriente y la antigua Unión Soviética necesitaron incursionar primero en la democracia para, recién ahora, comenzar a buscar mercados abiertos. En cambio, los “tigres asiáticos” recién ahora, una vez que ya lograron establecer mercados relativamente competitivos, parecen inclinarse hacia sistemas políticos más democráticos.

Sin embargo, ni siquiera los mejores mercados abiertos son perfectos. Si lo fueran, no estaríamos sufriendo la propagación de daños ambientales que, además, se ven agravados por el aumento de la pobreza y la

desigualdad de oportunidades. El comunismo cayó porque ocultó la verdad sobre su realidad económica y ambiental; la economía de mercado caerá también, a menos que se sincere en lo relativo a la explotación del medio ambiente. Nuestros mercados están distorsionados debido a que el precio de los recursos ambientales y de los servicios se encuentra por debajo de su valor real y, además, padecen las fallas de las políticas vigentes como, por ejemplo, los subsidios que fomentan el daño ambiental.

Gran parte de nuestro libro trata sobre la clase de marco político que requieren los negocios para conducir el mercado hacia el desarrollo sostenible: el uso creciente de instrumentos económicos tales como gravámenes por contaminación y permisos comerciales, la posibilidad de comerciar más libremente, un mayor acceso a la información que oriente las inversiones de los mercados de capitales, etc. Pero hoy no quiero hablarles sobre políticas; ese tema lo dejo para Maurice. Hablaré de negocios. Intentaré explicarles por qué, precisamente hoy, resulta apropiado para cualquier compañía comenzar a transitar el camino que conduce a los objetivos del desarrollo sostenible. Existen muchas tendencias y movimientos progresistas que apuntan a lo mismo.

En el Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible hemos acuñado el término “eco-eficientes” para describir a aquellas compañías que agregan el máximo valor con el mínimo uso de recursos y la más baja contaminación. Asimismo, en nuestro libro, urgimos a los gobiernos a buscar la combinación de regulaciones de obligación y control, autorregulación o cualquier otra herramienta aplicable que sea más eficiente y efectiva en cuanto a costos. Por sobre todo, enfatizamos que confíen en los instrumentos económicos porque, en lo que a costos se refiere, son más efectivos, alientan la mejora continua y la innovación tecnológica. El objetivo principal de tales instrumentos apunta a implementar el principio “quien contamina, paga”, acordado por los gobiernos miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OECD) en 1972.

Nuestra recomendación respecto de profundizar en el uso de una creciente cantidad de instrumentos económicos está lejos de ser radical. La mayoría de los gobiernos de Europa y América del Norte está tratando de lograr mayor confianza en estas herramientas. Se trata de una de las tendencias sobre la cual quiero llamar su atención. Las compañías calificadas como eco-eficientes estarán mejor posicionadas para beneficiarse competitivamente a partir de la aplicación de nuevos instrumentos, tales como gravámenes por contaminación, permisos comerciales e índices diferenciales de precios, entre otros.

Otra de las tendencias es la que se refiere a cambios en la responsabilidad. Esta tendencia se observa obviamente con mayor nitidez en los Estados Unidos, pero también está comenzando a cobrar fuerza en Europa. Las leyes de responsabilidad financiera por contaminación, causada en el pasado o en la actualidad, son actualmente más severas que nunca. Creo que, en poco tiempo, los bancos solicitarán a las compañías que deseen obtener préstamos una auditoría —probablemente externa— sobre su uso del medio ambiente. Coincidentemente, las compañías aseguradoras también se tornan más conscientes de las responsabilidades de las empresas respecto del medio ambiente en la medida en que comienzan a reconocer el daño ocasionado por el desarrollo no-sostenible. Un ejemplo de esas consecuencias perjudiciales es el cambio climático; éste puede provocar que desastres naturales como inundaciones, tormentas y sequías sean más frecuentes y severos. Dado el papel que desempeñan los bancos y las compañías aseguradoras en los mercados de capitales, las empresas eco-eficientes serán las que mejor cotizarán en el futuro.

La tercera tendencia se vincula con la imagen pública de las compañías. Existen grupos de personas en la actualidad —los llamados “consumidores ecologistas”— que se preocupan por el impacto ambiental provocado por la industria y sus productos. Con frecuencia, esa preocupación es relativamente imprecisa; en alguna medida, esto se debe a que existe muy poca información disponible respecto del impacto ambiental que provocan los productos durante todo su ciclo de vida, que va desde la materia prima y el proceso de fabricación hasta el momento de disponer de los desechos o su reciclado. No obstante, el público demanda cada vez más esa información, algo que las compañías eco-eficientes están contribuyendo a proveer. Cuando debatimos en el Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible sobre cuál sería nuestra posición —a saber, revelar públicamente o no dicha información—, nuestros miembros manifestaron que no deseaban ser obligados legalmente a proporcionar más datos que los que publican actualmente. Todos coincidieron en que era mejor para ellos tener la posibilidad de informar voluntariamente —y hacer de la apertura una virtud— que ser auditados por terceros en temas concernientes al medio ambiente. Por esta vía, las mejores compañías presionarán con su ejemplo a las demás a fin de que todas se vuelvan más transparentes.

Hoy, los consumidores y el público en general reclaman prudencia en los temas ambientales. No obstante, mi pronóstico es que, en aproximadamente cinco años, los clientes exigirán a las empresas sensatez en lo que respecta al desarrollo sostenible. Esto no sólo comprende al tema del medio ambiente sino también otras preocupaciones como la pobreza, la igualdad de oportunidades, la inversión social y sus efectos sobre las futuras generaciones.

Un uso más intensivo de los instrumentos económicos hará más competitivas a las empresas eco-eficientes. Éstas cotizarán mejor en el mercado de capitales en la medida en que trasladen los daños ambientales a sus pasivos financieros. Asimismo, esas compañías y sus productos serán más valorados por los consumidores y el público en general debido, justamente, a su preocupación por la eco-eficiencia.

¿Alguna de estas cosas les suena convincente? ¿O sienten que se trata sólo de ilusiones? Sin duda ustedes pueden sostener que, en el mundo real, el dinero que se gasta en “proteger el medio ambiente” da como resultado empresas menos competitivas, y no lo contrario. Miremos entonces al mundo real; pero, si ése es el escenario, lo mejor será comenzar citando a un experto de los Estados Unidos.

Tras investigar los diferentes aspectos de las ventajas competitivas entre las naciones, Michael Porter, profesor de la Escuela de Negocios de Harvard, afirmó lo siguiente: “He encontrado que las naciones con los requerimientos más rigurosos sobre medio ambiente son a menudo las que lideran las exportaciones de los productos afectados. La prueba más contundente de que la protección del medio ambiente no obstaculiza la competitividad es el desempeño de la economía en las naciones cuyas pautas jurídicas son las más estrictas”. Porter menciona el éxito de Japón y Alemania, pero también se detiene justamente en el rendimiento de las exportaciones de los Estados Unidos en aquellos sectores expuestos a los costos ambientales más elevados: productos químicos, plásticos y pinturas.

Permítanme darles un ejemplo del **mundo real** que, aunque pueda parecer sorprendente, no es tan conocido como los casos del acero y los automóviles japoneses. Me refiero a la industria del cemento, una actividad para la cual la energía constituye casi la mitad del costo total de producción. La industria del cemento en los Estados Unidos posee determinado número de plantas que superan los treinta años de antigüedad y que consumen casi el doble de la cantidad de energía por tonelada de cemento producido en comparación con el promedio europeo. La industria estadounidense transporta el cemento —principalmente, por vía terrestre— a distancias dos o tres veces mayores que las recorridas en Europa. Es obvio que esta industria no invertirá en tecnología —desarrollada y disponible— destinada a aumentar el uso eficiente de la energía si no existen incentivos apropiados, como podría ser, en este caso, el precio de esos insumos. Una de las consecuencias de esta situación ha sido que, durante los últimos diez años, más de la mitad de la industria del cemento estadounidense fue absorbida por corporaciones extranjeras.

Estas comparaciones pueden revertir nuestra opinión respecto de la “bendición” que representa para los Estados Unidos el hecho de contar con energía a bajo precio. Es cierto que esa situación ha contribuido a que esa nación sea próspera, pero también condujo a que las compañías americanas resulten menos competitivas en el orden internacional. A medida que avanzamos hacia una “Ley de la Atmósfera” global, los precios de la energía deben aumentar. Estados Unidos tiene un Producto Bruto Interno (PBI) que casi duplica al de Japón; pero también produce el 25 por ciento de las emanaciones de dióxido de carbono del planeta, mientras que Japón sólo aporta el cinco por ciento. Para los Estados Unidos resultará cada vez más difícil justificar esta discrepancia, con los avances tecnológicos que ese mismo país genera. El consumo de energía per capita es dos veces y media mayor que el de Japón y casi duplica al de Europa. Un incremento en el costo de la energía no sería bien recibido, pues una energía más costosa tendría como consecuencia productos norteamericanos más caros. Y Estados Unidos se encontraría en la paradójica situación de tener que comprar equipos y procedimientos eco-eficientes a Japón y Europa para poder competir con ellos.

Éste es otro de los beneficios de la eco-eficiencia. No sólo reduce el uso de los recursos y la contaminación, sino que genera nuevos productos para colocar en el mercado. Es probable que hayan leído recientemente, en la Business Week, que Nippon Steel —miembro del Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible— está reduciendo sus residuos mediante la conversión de la ceniza de carbón en zeolita, un mineral utilizado en el tratamiento del agua. Varias compañías energéticas japonesas están trabajando en un proyecto para transformar los óxidos de sulfuro y nitrógeno (sustancias contaminantes que resultan de la combustión del combustible fósil y que son la causa principal de la lluvia ácida) en materias primas para la fabricación de fertilizantes. Esta técnica ya ha sido autorizada a equipos de investigación de los Estados Unidos, Polonia y Alemania. Japón está organizando joint ventures en todo el mundo para exportar estas y otras tecnologías eco-eficientes.

Naturalmente, como empresario, me resisto a la idea de que el Estado interfiera en los negocios. Sin embargo, algunas experiencias recientes nos llevan a preguntarnos de qué manera los gobiernos podrían ayudar a que las industrias sean internacionalmente más competitivas. Hubo un tiempo en que Gran Bretaña se hizo famosa por la gran cantidad de marcas de automóviles elegantes que producía. Tradicionalmente, los gobiernos británicos fueron permisivos con las compañías automotrices nacionales al no exigirles mejorar la eficiencia respecto de las emanaciones y el uso de combustibles. La innovación desapareció y las exportaciones bajaron. En la actualidad, la industria automotriz británica ha quedado reducida a unas pocas marcas de lujo. El gobierno norteamericano, por su parte, ha tenido un gesto verdaderamente amistoso para con su industria automotriz al requerirle un mayor perfeccionamiento en cuanto al uso de combustibles y control de niveles de emanación; sin embargo, estas exigencias fueron bastante resistidas por la industria.

Como dije anteriormente, soy empresario. Más aún, represento a la cuarta generación de una familia de empresarios suizos. No soy radical, inconformista ni revolucionario. Tampoco lo son los otros 47 miembros del Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible; son hombres y mujeres que diariamente asumen la responsabilidad de conducir las compañías más importantes y prósperas del mundo. No obstante, nuestra calidad de líderes empresariales se vería empobrecida si no diéramos respuesta a la revolución que estamos atravesando. El concepto de desarrollo sostenible y la necesidad obvia de crear mercados que reflexionen sobre la realidad ambiental y que no roben a las generaciones futuras están dando lugar a una nueva revolución industrial. Aquellos que no respondan, que no implementen nuevas condiciones para cambiar el rumbo, entrarán eventualmente en la misma categoría que aquellos fabricantes que, aun después de la aparición del automóvil, siguieron confiando en la venta de carros tirados por caballos. Creo que fue precisamente en los Estados Unidos donde se acuñó la mundialmente conocida expresión “Sin dolor, no hay ganancias”. Una frase que se aplica perfectamente al “impacto del desarrollo sostenible” que actualmente estamos procesando.

Los miembros del Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible hemos elaborado un libro de 400 páginas, lo suficientemente riguroso para haber sido aceptado por una de las más destacadas editoriales académicas de los Estados Unidos que apoya estas verdades elementales: la MIT Press. El libro expone más de 35 estudios de casos de compañías que están respondiendo al desafío del desarrollo sostenible. En cierto sentido, estamos ofreciendo una fuente de consulta obligada para los gobiernos y para los grupos ecologistas. Ellos bien podrían leer nuestro libro y luego decirnos “¡Muy bien! Si lo creen así, ¡háganlo!” Entendemos esto y estamos dispuestos a aceptar el desafío.

Sin embargo, esperamos que nuestro libro sea un motivo de presión para los gobiernos, para los grupos ecologistas y para nosotros mismos. Esperamos que ayude a los gobiernos a encontrar la voluntad política para crear los marcos de trabajo dentro de los cuales los negocios constituyan una fuerza para el desarrollo sostenible. Asimismo, esperamos que aliente a los ecologistas a tratar de entender de manera más minuciosa cómo operan los mercados y los negocios y, en consecuencia, a perfeccionar sus recomendaciones y campañas. Muchos de estos grupos han sido socios muy útiles en épocas pasadas e indudablemente serán más útiles todavía en el futuro.

La eco-eficiencia es rentable, mejora la competitividad y satisface personalmente en buena medida a quienes se esfuerzan por alcanzarla. En el mundo actual, la eco-ineficiencia es sencillamente inmoral. En cambio, la eco-eficiencia es incluso un acto de fe: fe en que el dolor provocado por el cambio traerá beneficios en el futuro, tanto en lo personal como para nuestra sociedad y nuestros hijos.

Aquellos que se preocupan por la sociedad y su progreso han aprendido a entender que los negocios nunca operan en el vacío, sino que interactúan con la comunidad en muchos niveles. Y éste es un momento en el cual la sociedad está ingresando en un periodo de cambios rápidos y fundamentales.

El sector empresarial ha desarrollado impresionantes habilidades en la inteligencia del mercado que le permiten detectar y, hasta cierto punto, predecir los esquemas cambiantes de la demanda. Asimismo, el sector empresarial debe construir un sistema de inteligencia social mediante el cual detectar, entender e interpretar los indicadores del cambio en los esquemas de desarrollo. Quienes sean más hábiles para percibir y responder a esas señales tendrán una gran ventaja sobre aquellos competidores que sólo reaccionan cuando las transformaciones se manifiestan en la sociedad como modificación en los hábitos de consumo.

El desafío del medio ambiente ha crecido, desde la contaminación local hasta alcanzar el nivel de las amenazas y las preferencias mundiales. El reto empresarial también se ha complejizado, desde los inconvenientes técnicos relativamente simples y los costos adicionales a una amplia gama de amenazas, preferencias y oportunidades corporativas que resultarán cruciales a la hora de distinguir entre los ganadores y los perdedores de mañana. Los líderes empresariales a quienes les preocupa ser merecedores del salario que reciben deben tener esto en cuenta cuando trazan los planes estratégicos de sus empresas y deciden cuáles son las prioridades de su trabajo.

Asimismo, el desarrollo sostenible implica redefinir las reglas del juego económico. Debemos pasar de una situación de agotamiento de los recursos y aumento de los desechos, el consumo y la contaminación, a una situación de conservación; y de una situación de privilegio y proteccionismo, a una de oportunidades justas y equitativas para todos. Los líderes empresariales querrán participar en la creación de las nuevas reglas del juego y se esforzarán para que sean simples, prácticas y eficaces.

No cabe ninguna duda de que se impone un cambio fundamental. Éste nos ofrece dos opciones básicas: podemos resistir tanto cuanto resulte posible, o podemos unirnos a aquellos que están diseñando el futuro. Me complace y enorgullece haber tenido la oportunidad de trabajar con los miembros del Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible, con Maurice Strong y con todos sus colegas, quienes se han esforzado para que la Cumbre de la Tierra sea un éxito, pues todos nosotros hemos elegido como opción la participación: la opción más prometedora y moralmente gratificante.

Gracias a todos.